

Julio de 1918. La Primera Guerra Mundial aún no había terminado y ella ya había nacido. Como niña, le hubiera gustado ir al colegio, pero no pudo porque tenía que ayudar con las labores del hogar.

Como joven, le hubiera gustado tener independencia, pero no pudo porque tenía que casarse.

Como mujer, le hubiera gustado descubrir el mundo, pero no pudo porque tenía que cuidar de su familia.

Marzo de 2022. La Tercera Guerra Mundial aún es una incógnita y ella ya es muy anciana. Me entrega unas alas. Están nuevas, nadie las ha usado nunca. Entonces, con una sonrisa llena de surcos que cuentan miles de historias, mi abuela me dice:

—Vuela. Vuela tan alto como puedas. Yo no tuve la oportunidad, pero tú puedes ser libre. Hazlo por mí, por todas las que no salimos de la jaula.

Después se sienta en su butaca y, tal como yo le había enseñado, comienza a leer en voz alta y muy despacio los titulares de las noticias. Y así es como ella, sin saberlo, también comienza a ser libre.

*Rocío López Hernández*